

mismos males que permite; porque, así como en el fuego que hacemos se quema y consume la leña, y pierde su sér y forma de leña, lo cual en sí es malo; pero deste mal se sigue el alumbrarse el hombre, el cocerse la vianda, el purificarse el aire, y otros buenos efectos que hace el fuego; y éstos son mayores bienes que fué el mal del gastarse y corromperse la leña; así Dios nuestro Señor permite el mal de la culpa para descubrir por él los tesoros y riquezas de su gloria, como adelante se dirá.

Volviendo pues á nuestro propósito, de todos los males de pena es nuestro Señor causa y autor, y no lo es ni lo puede ser de ningún mal de culpa. La una y la otra verdad nos enseña el Espíritu Santo; esta segunda, que no es autor de la culpa, en los lugares que arriba referimos de la Escritura y en otros muchos; y la primera, que lo sea de la pena, lo declara Moisés cuando en persona de Dios dijo aquellas palabras contra los pecadores (1): «Yo juntaré contra ellos males, y tiraré contra ellos mis saetas hasta que no quedé ninguna.»

Acabado el templo que labró Salomón, le apareció Dios la segunda vez y le dijo (2) que si seguía las pisadas del rey David, su padre, y guardaba todos sus mandamientos, pondría los ojos sobre él y establecería y perpetuaría en él y en sus sucesores el reino; y si no, que los destruiría y asolaría, y los haría fábula y risa del mundo. Y en el *Deuteronomio* se ven otras amenazas más terribles y espantosas acerca desto. Salomón dice (3): «Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza viene de Dios.» Isaías en persona de Dios dice (4): «Yo soy el Señor, y no hay otro que lo sea; yo soy el que crió la luz y las tinieblas, el que hago la paz y crio el mal; yo soy el Señor, que hago todas estas cosas.» Y en otro lugar (5): «¿Quién ha entregado á Israel á sus enemigos para que le despojasen? ¿No es Dios, contra el cual pecaron y no quisieron guardar sus mandamientos?» Y por Jeremías (6) dice Dios, hablando del pueblo de los judíos: «Yo lloveré sobre ellos tales males, que no puedan salir dellos; clamarán y darán voces á mí, y no los oiré; irán las ciudades de Judá y los vecinos de Jerusalem, y llamarán á los dioses á quien sacrifican, pero ellos no los librarán de sus congojas y aflicciones.» Y por el profeta Amos dice (7): «¿Habrá por ventura algún mal en la ciudad que yo no le haya causado?» Y como éstos hay otros muchos lugares en las divinas letras, en que se ve que Dios nuestro Señor es el autor y causa del mal de la pena, pero no lo es así de la culpa, como queda dicho.

(1) Deut., xxxii.  
(2) III, Reg., ix.  
(3) Eccles., xi.  
(4) Isai., xlvi.  
(5) Isai., xli.  
(6) Jerem., xi.  
(7) Amos, iii.

## CAPÍTULO V.

Por qué causas envía Dios las tribulaciones.

Siendo nuestro Señor tan dulce y piadoso padre para con nosotros como es, y habiendo muerto en una cruz por darnos vida, parece cosa digna de admiración que aflija y atribule á sus hijos con tantas y tan várias y extrañas maneras de penas como vemos cada día en el mundo. Pues de lo que acabamos de decir se saca que Él es el autor de todas nuestras penas, y que sin Él no sería parte para fatigarnos ninguna de sus criaturas. Pues si nos consta que Dios es padre, y padre amorosísimo y suavísimo, y que nos azota y castiga ásperamente, bien será que rastreemos é inquiramos las causas por que nos trata desta manera. Si nuestros primeros padres no pecarán, no tuviéramos tropiezos ni dificultades en esta nuestra jornada; todo el camino nos fuera llano, derecho y apacible, sin cansancio, sin torcimientos ni desvíos. No tuviéramos necesidad de medicina, porque no hubiera enfermedad que curar. Pero como todos caímos en nuestros padres y quedamos lisiados y dolientes, no se pudo curar tan grande y universal dolencia sino con purgas amargas y desabridas. Y por esto dijo el santo rey David (8): «Yo pequé ántes que fuese humillado y afligido.» Y en el libro de la *Sabiduría* se dice (9): «Dios no hizo la muerte ni se alegra de la perdición de los vivos, porque Él crió é hizo todas las cosas; mas los impíos con sus propias manos y con sus palabras se la buscaron.» Y así, propiamente hablando, el pecado es la original causa y manantial de todos nuestros males y penas. Porque, como dice el Apóstol (10), por el pecado entró la muerte, y se extendió y comprendió á todos los hombres. Pero, supuesto el pecado, fué necesario que hubiese justicia y castigo y horca para el ladrón, y que con el órden de la justicia se ordenase y reparase el desórden de la culpa, como vemos que se hace en las cosas humanas. Porque así como cuando un hombre mata á otro hombre se descomponen y desordena, y para concertar y componer aquel desórden la justicia lo mata á él, así con la pena, que es órden admirable de la divina justicia, ordena Dios y concerta el desórden del pecado, el cual si faltara, no hubiera necesidad de pena y castigo.

Las purgas amargas que tomamos en nuestras enfermedades turban el estómago y nos debilitan; pero así evacúan los humores desordenados y malignos, y limpian y sosiegan el cuerpo; y si no hubiese desórden y desproporcion de humores, no habria necesidad de componerlos con otro desórden y turbación. Por esto dijo el glorioso san Agustín (11): «Entienda el hombre que Dios es médico, y que la tribulación es medicina para sanarle, y no pena para condenarle. Cuando te curan, te queman

(8) Salmo cxviii.  
(9) Sapient., xi.  
(10) Rom., v.  
(11) Aug., in psalm. xli.

y cortan, y tú das voces; mas el médico no condesciende con tu voluntad, por darte entera salud. Todos los que en esta vida han sido afligidos, exceptuando al Hijo de Dios, que no pudo tener pecado, y á su benditísima Madre, que por especial gracia no le tuvo, ántes que fuesen afligidos tuvieron la culpa por lo ménos del pecado original, y los miró Dios en algún tiempo como á enemigos y rebeldes y hijos de traidor, y como á tales los pudo castigar justamente. Y demas del pecado original, que es la raíz y fuente de todos los otros pecados, añadimos los hombres otros infinitos actuales en el discurso de nuestra vida, los cuales cura Dios, como médico sapientísimo, con penas y adversidades, como con medicinas contrarias, y por ellas nos azota y castiga como padre amorosísimo. Y por esto dijo (1): «Yo soy el Señor Dios tuyo, fuerte y celoso, que visito y castigo misericordiosamente, para que se enmienden los pecados que pasan de padres en hijos por imitación hasta la cuarta generación.» Y el glorioso evangelista san Juan en persona de Dios dice (2): «A los que amo yo, los reprendo y castigo.» Y el apóstol san Pablo dice (3): «Al que Dios ama castigale, y azota al que recibe y tiene por hijo.» Y es esto de manera, que concluye el mismo apóstol en aquel lugar que el que no es castigado y disciplinado no se debe tener por hijo de Dios, sino por ilegítimo y hijo de otro padre. «¿Qué hijo hay, dice él, que no sea castigado de su padre? Porque, si careceis deste castigo, por el cual han pasado todos los hijos de Dios, síguese que sois hijos de otro padre, y no de Dios.» Y conforme á esto dice san Agustín: «Si no estás en el número de los atribulados, no estás en el número de los hijos.» Y Salomón dice en los *Proverbios* (4): «Hijo mio, no deseches la disciplina y castigo del Señor, porque él castiga á los que ama, y huelga con ellos como padre con sus hijos.»

Quando vemos que algunos moachos están jugando y travesando, y que llega un hombre y ase de las orejas á uno dellos y le castiga, luégo entendemos que aquél es su padre, y que no lo es de los otros que deja sin castigo. Lo mismo habemos de entender de nuestro grande y benignísimo Padre, el cual á los que tiene por hijos los azota y castiga, y deja sin castigo á los que no tiene por tales.

Esta es tan cierta verdad, que cuando Dios quiere dar á entender que está muy enojado contra alguno, dice que no le castigará. Y así dice por el profeta Ezequiel (5): «Yo dejaré el celo que tengo de tí, y alzaré la mano y no me enojaré más, porque me has provocado á esto con todas estas maldades.» Y por Oseas (6): «Yo no visitaré ni castigaré á vuestros hijos cuando hubieren fornicado.»

(1) Exod., xx.  
(2) Apoc., iii.  
(3) Hebr., xiii.  
(4) Proverb., iii.  
(5) Ezech., xvi.  
(6) Osea., iv.

Y David dice (7): «El pecador, añadiendo pecados á pecados, ha provocado de tal manera la ira de Dios, que, segun el mucho enojo que tiene, no buscará sus pecados para castigarlos.» Y al revés, la misma Sagrada Escritura nos enseña que es señal de amor maternal el azote y castigo de Dios en esta vida, como lo dice el real profeta David, el cual, contando en el salmo lxxxviii las mercedes que Dios le prometió, y lo que habia de hacer con sus hijos por muy gran favor, dice: «Visitaré con mi vara y castigo sus maldades, pero no apartaré dellos mi misericordia»; y en aquellas palabras (8): «Señor, vos fuistes propicio y clemente para con ellos, y por esto castigastes todas sus invenciones y maldades.» Y el profeta Amos (9), hablando con su pueblo en persona de Dios, «A vosotros, dice, solos conozco y tengo por amigos entre todas las congregaciones de la tierra; por tanto, yo os visitaré y castigaré vuestras maldades.» Porque, como se escribe en el libro de los *Maca-beos* (10), señal es é indicio de la merced grande que hace Dios á los pecadores, cuando no los deja correr sin freno y que les sucedan las cosas á su voluntad, sino que luégo los castiga; de suerte que en haciendo la culpa, luégo la paguen con la pena.

Pero, aunque muchas veces la pena es medicina que cura la culpa en que caímos, otras es medicina que nos preserva para que no caigamos; que por esto dijo el Apóstol (11) que el Señor le habia dado el estímulo de la carne; que algunos doctores le interpretan, como suena, por las tentaciones del apetito sensual, y otros por enfermedad, y otros por la contradicción y molestia que le hacian los enemigos del Evangelio, para que con la grandeza y excelencia de las revelaciones de Dios no se desvaneciese, y para preservarle permitia que fuese atribulado y abofeteado de algún adversario y perseguidor.

Suele, otrosí, nuestro Señor enviar trabajos para acrecentar los merecimientos de las personas á quien los envía, y enriquecer su Iglesia de maravillosos ejemplos, que dejan con su paciencia y santidad, como lo vemos en Job y en Tobías, á quien dijo el ángel san Rafael: «Porque agradabas á Dios fué necesario que la tentación te probase.» Malaquías, hablando de los justos, dice (12): *Colabit eos et purgabit quasi argentum*; colarlos ha y purgarlos ha como se purga la plata. Porque la plata para purificarse y afinarse pasa por muchos y grandes como martirios; y son tantos los coladeros y pruebas que se hacen en ella, ahora con el fuego fundiéndola, ahora con el fuego y con el azogue, que es cosa de maravilla. Pero todo es menester para que ella sea plata acendrada y de

(7) Psalm. li.  
(8) Psalm. xcvi.  
(9) Amos, iii.  
(10) II, Mac., vi.  
(11) II, Corint., xii.  
(12) Malac., iii.

aquella que dice David (1): *Argentum purgatum terra purgatum septuplum*. Que es: «Plata refinada y purificada de toda escoria de la tierra, y siete veces purgada.»

Asimismo envia semejantes aflicciones para manifestar más, librándonos dellas, su misericordia y bondad, como se ve en el ciego de su nacimiento; porque, preguntándole los apóstoles (2) á Cristo, nuestro redentor, por cuyo pecado aquel hombre habia nacido ciego, ó por el suyo propio ó por el de sus padres, entendiendo que habia de ser necesariamente la causa de aquella enfermedad el uno ó el otro, y que Dios no daba pena donde no habia culpa, respondió el Señor que no habia sido causa de aquella ceguera pecado de los padres ni del hijo, sino que Dios se la habia dado para su gloria, la cual, alumbrando al ciego, habia de resplandecer y conocerse más.

#### CAPÍTULO VI

Los efectos que hace la tribulacion en los buenos.

Visto hemos cómo Dios causa la tribulacion que es pena, y permite la que es culpa, y asimismo por qué causas nos envia trabajos y fatigas. Siguese que tratemos de los efectos que hace la tribulacion.

Para declarar esto se ha de presuponer que la tribulacion en cierta manera es mala, en cuanto es privacion de algun bien, como la pobreza es privacion de riquezas, la enfermedad de salud, la afrenta de honra, la muerte de vida. Y como comunmente los hombres llamamos bienes á estas cosas de que nos priva la tribulacion, y como á tales naturalmente los apetecemos, así naturalmente aborrecemos la tribulacion que nos priva dellos. Por esta parte no puede ser buena en sí la tribulacion, y mucho menos por parte del pecado, que es la fuente de donde ella manó; pues, como dijimos, si no hubiera pecado, tampoco hubiera tribulacion en el mundo. Pues si la tribulacion de suyo es penosa y aborrecible en su principio y raiz, veamos cómo puede ser deseable y provechosa. Esto no puede ser sino por la gracia del Señor, que saca bien del mal, y miel dulce y óleo suavísimo de la piedra dura de la tribulacion, y consuela y da alivio en ella cuando cae en buena tierra, que son los corazones de aquellos que la reciben y abrazan, como enviada de la mano de Dios, y llevan fruto, como dice Cristo nuestro redentor, con paciencia (3). A estos tales es buena la tribulacion y los enriquece de merecimientos admirables.

Y puesto caso que en el mismo tiempo que el Señor los azota, pocos gustan de la amargura desta mirra saludable; pero despues que pasó el trabajo y se goza ya del fruto dél, muchos conocen la merced que Dios les hacia cuando así los ejercitaba y afligia. A la manera que pasa en los mochos cuando los azotan sus padres ó maestros, que abor-

(1) Psalm. cxviii.  
(2) Joan., ix.  
(3) Lucas, viii.

recen y huyen del castigo, porque no saben la virtud que tienen aquellos azotes; mas cuando ya son mayores, y ven que por ellos se libraron de los lazos y peligros de la mocedad, en que cayeron otros que corrian sin este freno y disciplina, entónces conocen cuánto más les valió aquel rigor que les valiera el regalo que deseaban, y alaban á Dios, que les dió tales padres y maestros. Así nosotros mientras que en esta vida somos pequeñuelos y niños aborrecemos y huimos de nuestro bien, y no arrojamos ni queremos tomar la purga saludable de la tribulacion que el Señor nos ordena, porque nos parece amarga y desabrida; pero en creciendo, en dejando de ser niños y comenzando á ser varones, que es en la otra vida; leyendo en el libro de la divina Providencia el discurso que tuvimos en ésta, entónces claramente entendemos cuán grande misericordia y benignidad fué la del Señor en llevarnos por camino áspero y espinoso, y decimos, con el Profeta (4): «Pasado hemos por fuego y por agua, y sacado nos habeis, Señor, á lugar de descanso y refrigerio.»

Verdad es que tambien en esta vida se conocen algunos de los provechos de la tribulacion, pero pocos son los que los conocen mientras que ella dura, aunque despues de pasada todos se huelgan de hablar della; porque, como dice el apóstol san Pablo (5): «Todo el castigo que se nos da nos parece amargo, y no dulce, mientras que él dura; pero despues de pasado da fruto de consuelo y de justicia á los que han sido probados y castigados.» Y como dijo el romano orador: «Es gusto acordarse de los trabajos pasados.» Y el que en el tiempo que Dios le azota y aflige conoce la merced que le hace, y que aquel castigo es de padre, y no de enemigo, tiene grandes prendas suyas y un precioso é inestimable tesoro. Y este mismo conocimiento es grande ayuda para llevar la pena con alivio y consuelo.

Innumerables son los provechos que se pueden sacar de la tribulacion, y dellos hay muchos libros escritos; pero yo solamente quiero tratar de tres principales, en los cuales se comprenden casi los demas, y declarar cómo purga y alumbrá y perfecciona el ánimo del que está congojado y afligido. Que, como dice el gran Dionisio Areopagita (6), son tres actos de la celestial jerarquía.

#### CAPÍTULO VII

Cómo purga la tribulacion.

Que la tribulacion purgue el alma y la limpie de sus pecados, y que nuestro Señor los perdone por medio della, dícelo el santo y afligido Tobías (7) por estas palabras: «Bendito es, Señor, vuestro nombre, Dios de nuestros padres, porque cuando estais airado usais de misericordia, y en el tiempo de la tribulacion perdonais los pecados de los que os lla-

(4) Psalm. xv.  
(5) Heb., xii.  
(6) De cel. Hier., cap. iiii.  
(7) Tob., iii.

man.» Y en el *Eclesiástico* se dice (1): «Mirad ¡oh hijos! todas las naciones de los hombres, y sabed cierto que ninguno esperó en el Señor y quedó confuso; porque ¿quién jamas perseveró en sus mandamientos y fué desamparado? O ¿quién le invocó y fué despreciado de Él? Porque Dios es piadoso y misericordioso, y en el dia de la tribulacion perdona los pecados, y es protector de todos los que le buscan en verdad.» Y el paciente Job, hablando de Dios nuestro Señor, dice estas palabras (2): «No aparta sus ojos del justo, y pone en su trono perpetuamente á los reyes, y allí los levanta, y aunque alguna vez sean encadenados y atados con las prisiones de la pobreza, Él les descubre sus obras y sus maldades, y les da á entender que fueron violentos. Tambien les habla al oido y los castiga, y los avisa que se conviertan y se aparten de la maldad. Si oyeren al Señor y le obedecieren, cumplirán sus dias en toda prosperidad y sus años en gloria. Pero veamos cómo la tribulacion hace este efecto y es causa que el Señor nos perdone nuestros pecados.»

Primeramente, cuando está el hombre afligido, la misma afliccion y pena que padece le despierta y hace entrar en los rincones de su conciencia y ver la fealdad de su alma, y con esta vista se habla y compunge el corazon y comienza á desear perdón y se vuelve á Dios, y con oracion y lágrimas se lo pide y propone su emienda, y toma los remedios para alcanzarla. Entónces se confiesa, recibe del sacerdote el beneficio de la absolucion, cumple la penitencia que le ha sido impuesta, allégase á la mesa celestial y come aquel pan divino; frecuenta los sacramentos, y por el uso devoto dellos se muda en otro varon, y de esclavo de Satanás comienza á ser hijo de Dios. Pongamos un ejemplo. Tomemos un mozo noble, rico, lozano, en la flor de su edad y en la locura de su juventud, el cual sigue sus apetitos sin rienda, y de noche y de dia no piensa ni trata de otra cosa sino de holgarse en fiestas, en juegos, en pasatiempos y amores lascivos y deshonestos, olvidado de sí y de Dios y de que la muerte le puede saltar. Si á este mozo de repente le da un dolor de costado ó un tabardillo, que en pocos dias le marchita y consume, y le hace entender que dentro de pocas horas le puede acabar y dar con él en el infierno; si no está del todo loco, cierto es que volverá en sí, y hablando consigo mismo, dirá: «¿Qué es esto en que me veo? ¿dónde estoy? ¿qué he hecho? ¿Soy yo Fulano? ¡Ay dolor, á qué me han traído mis pecados! Y considerando la muchedumbre y la gravedad de fealdad dellos, se espanta de sí y gime; y con lágrimas y sollozos se vuelve á Dios y le suplica que le perdone, y propone de emendar su vida, si Dios le alargare los plazos della.»

De la misma manera, cuando el padre que tiene solo un hijo, como en un espejo se mira y contem-

(1) Eccles., ii.  
(2) Job., xxxvi.  
P. R.

pla en él, y no se desvela sino en acrecentar la hacienda y en instituir el mayorazgo para él, y en buscarle el oficio y el beneficio, cansándose á sí porque descanse su hijo, y ésta es la suma de su contento y felicidad, viene el Señor y quitale el hijo que adoraba, para que todo aquel amor y solicitud y desvelo que ántes le traía absorto y fuera de sí lo convierta en amar y servir á Dios. Este tal, cuando se ve solo y sin el idolo que tenia, conoce que andaba errado, y vuélvese á Dios y pidele perdón de aquel exceso y demasia, y pone su amor en aquel bien soberano que no puede faltar y en aquel Señor que no puede morir.

Y lo mismo podriamos decir de la mujer casada que adora á su marido y tiene puesto en él todo su amor y confianza y el blanco de su felicidad, y por agradarle y servirle se olvida de sí y de Dios, el cual por esto se le quita, no para que pierda el amor, sino para que le trueque y mejore y le suba de punto, traspasándole en aquel sumo Bien, que por ser solo de todas las cosas el todo, pide y merece todo nuestro corazon, el cual está en su centro y verdadero descanso cuando está abrazado con él.

Por esto dijo el profeta Isaías (3) que sola la vejacion da entendimiento al oido; quiere decir que sola la afliccion y la pena hace que entienda el hombre lo que otras muchas veces habia oido y nunca habia entendido. Porque, aunque es verdad que cada dia oimos de nuestros padres y de nuestros maestros buenos consejos, y que los predicadores en los pulpitos y en los confesionarios los confesores, y los religiosos y cuerdos siempre nos amonestan y nos representan nuestros peligros; pero las más veces no entendemos lo que nos dicen, y se nos entra por un oido y sale por otro, hasta que la tribulacion nos lo declara y nos lo hace entender. Porque entónces decimos: «Esto es lo que me decian mis padres y yo no lo creí; éste es el paradero de mis liviandades, que los que bien me querian me pronosticaban y yo me reía dellos; dichoso yo si los hubiera creído.»

Como cuando un hombre que estaba sosegado en su casa, y si no con mucha abundancia, con una pasada honesta, por ver que valen y suben otros, sale della y se va á la córte; si algun amigo experimentado y fiel le aconseja que se esté en su casa y alabe á Dios en ella, y le dice que la córte es un golfo tan peligroso, que pocos le pasan sin tormenta, y que no hallará en él lo que piensa; cuando esto le dice riese dello y no lo cree, hasta que, entrado en este golfo y pasados los primeros dias de novedad y gusto, despues, cansada la vida, perdida la salud, acabada la hacienda, gastado ya sin ningun fruto el favor, desengañado de las esperanzas vanas en que estribaba, y conociendo bien que no hay deudo ni amistad ni agradecimiento en córte, solo, desamparado y afligido se halla tendido en una cama, y se acuerda con amargura y do-

(3) Isai., xxviii.

lor de su casa y de lo que su amigo, cuando partió della, le dijo, y él no había entendido hasta que la tribulación y el mal suceso se lo hizo entender. Porque entonces llora su desvario, sospira por su rincón, condena su mal consejo y entiende que no es más rico el que más tiene, ni más bienaventurado el que manda más, sino el que se contenta con ménos, y aunque tarde, tiene por mejor una vida quieta, segura y moderada que el bullicio y trá-fago y resplandor engañoso de la corte. Pues vale más, como dice el Sabio (1), un bocado de pan á secas comido con gusto que no los convites y fiestas de los pecadores.

Pues ¿qué diré de los privados y ministros que adoran á los reyes y los sirven como á dioses, y se visten en todo y por todo de su voluntad, y nunca sueñan sino cómo la ejecutarán, y con qué medios y artificios la ganarán, pensando tener en ellos cierta y segura su bienaventuranza? Pero cuando la fortuna se muda y el aire fresco del favor y privanza se les vuelve, y no pueden ver sereno el rostro de su príncipe, y por un pequeño descuido se olvidan los muchos y grandes y largos servicios que hicieron, entonces comienzan á entender lo que dice el Profeta (2): «Mejor es confiar en Dios que no en el hombre; mejor es confiar en Dios que no en los príncipes de la tierra (3). Y no queráis confiar en los príncipes, que son hijos de hombres, porque no hay en ellos salud.» Lo cual aunque muchas veces lo habían oído, nunca lo habían entendido hasta que la experiencia se lo enseñó.

Y lo mismo hemos de decir del ambicioso que quiere ser adorado y estimado de todos cuando le viene alguna deshonra y afrenta, y del codicioso y rico cuando pierde su hacienda, y del que por derramarse y dejar la rienda á su ciego apetito se ve cargado de enfermedades contagiosas y podrido, pagando con dietas, sudores, unciones y dolores los gustos momentáneos y sucios que ya pasaron, aunque no pasó la culpa y la deuda y memoria dolorosa dellos. Todos estos y los demas, por medio de la tribulación, se reconocen y se vuelven á Dios, y dicen, con el real Profeta (4): «Cuando me vi afligido llamé al Señor y oyóme.» Porque, como habemos dicho, la tribulación nos da entendimiento para que entendamos lo que muchas veces habíamos oído y no entendido, y desta suerte nos purga y libra del pecado.

Este es un don de Dios tan admirable, que no hay hombre que en esta vida le pueda entender como él es, porque es tan grande cuanto es grande el mal del pecado que se nos perdona por él, el cual, por ser contra Dios nuestro Señor, que es bien infinito, es en cierta manera infinito y causador de infinitos males. Y uno dellos, y el mayor de todos, es tener á Dios por enemigo y ser aborrecido y desechado dél. Porque si acá en el mundo tanto se siente

(1) Prov., xvii.  
(2) Psalm. cxvii.  
(3) Psalm. cxlvi.  
(4) Psalm. cxx.

el estar en desgracia del Rey y saber que contra su poder no hay lugar en el reino seguro, ¿qué será el tener enojado al Rey de los reyes, en cuya comparación todos los reyes de la tierra son príncipes pintados? Tener contra sí aquel Señor á quien dice el real Profeta (5): «¿Adónde iré, que no me halle vuestro espíritu? ¿Adónde huiré de vuestro rostro? Si yo subiere al cielo, allí estais; si bajare hasta el infierno, allí os hallaré; si madrugare por la mañana y tomare alas para volar, y morare en las partes más remotas y apartadas de la mar, ahí me llevará vuestra mano, y vuestra diestra me tendrá.» ¿Qué seguridad puede tener el que tiene por enemigo á Dios, ó qué vida el que vive sin Él, que es vida de todas las cosas! De este daño tan temeroso nos libra la tribulación, purgando el ánima y alcanzándonos perdón de nuestros pecados, como hemos dicho.

De aquí se sigue otro bien inestimable, que es librarnos de las penas del infierno, á las cuales estamos obligados por el pecado mortal. Y ellas son tan horribles y espantosas, que todas las desta miserable vida, juntas y amontonadas en uno, si se cotejan con ellas, no son más que una sombra ó sueño de penas. La cárcel, la galera, la pobreza, la infamia, el dolor agudo, la angustia y quebranto de corazón, y todo lo que acá nos suele afligir y congojar, no es más que un rascuño de males pintados, y los del infierno son los verdaderos. Los unos son breves, pues se acaban con la vida, que es tan corta, y los otros no tienen fin y son pasto con que para siempre vive la muerte.

Demas desto, libranos la tribulación de las penas del purgatorio, que son terribilísimas y más graves que todas las que en esta vida se pueden pasar, como dice san Agustín (6), aunque se aplacan con la esperanza que se han de acabar, la cual esperanza falta á los condenados. Porque, despues que el Señor nos perdona, por su misericordia, la culpa del pecado mortal y la obligación de la pena eterna en que por él caímos, quiere que satisfagamos y paguemos lo que debemos con pena temporal, ó en esta vida ó en la otra. Y es grandísima merced de Dios cuando nos da tiempo y comodidad para que lo paguemos en ésta, y para que el cuerpo que tuvo parte de contento en la culpa, lleve tambien su parte de la pena, sin que sea necesario que el ánima lo pague todo. Porque si entrasen dos compañeros juntos en un meson y comiesen en él á su placer, y despues el uno se huyese secretamente, el mesonero apretaría al compañero que quedó para que pagase el escote por ambos. Así, porque el ánima y el cuerpo de compañía se gozan en el deleite del pecado, es bien que hagan la penitencia y paguen juntos los que comieron juntos, para que no sea menester que sola el ánima pague su parte y la del cuerpo en el purgatorio. Esto hace la tribulación, afligiendo al cuerpo y atormentán-

(5) Psalm. cxxxviii.  
(6) Aug., lib. De penit.

dole para que pague lo que debe, y el gusto que recibió con el bocado sabroso.

Por esto permite Dios que la mujer tenga un marido áspero de condición, y el marido una mujer insufrible, y que el hijo desobediente y travieso aflija al padre, y que el amigo engañe al amigo, y la pobreza nos apriete, y la enfermedad nos consuma, y otras fatigas y calamidades nos ejerciten, para que, tomándolas con paciencia y como enviadas de su bendita mano, paguemos aquí á poca costa nuestra lo que con tanta costa habíamos de pagar en el purgatorio. Y ésta es una misericordia tan soberana é inestimable del Señor, como se puede ver de lo que san Antonino, arzobispo de Florencia, cuenta (1), y es: que estando una persona muy fatigada de una larga y penosa enfermedad, suplicó á Dios que la librase della, porque se le acababa la paciencia y no podía ya más resistir á los dolores agudos y continuos que la atormentaban. Envióle el Señor un ángel que le dijese que ella había de purgar sus pecados, ó en esta vida con dos años más de aquella enfermedad, ó con tres días de penas del purgatorio; que escogiese de las dos cosas la que quería. Escogió la pena del purgatorio por librarse de la del dolor y enfermedad, que por ser de dos años y presente le debía parecer mayor. Murió y fué al purgatorio. Al cabo de una hora que estuvo en él, le apareció el mismo ángel que ántes le había aparecido para consolarla y animarla, y como ella le viese y oyese dél quién era, le dijo que ¿cómo le había dicho que no estaría sino tres días en purgatorio, habiendo estado ya tantos años en aquellos tormentos? Los cuales, por ser tan horribles y penosos, una hora le había parecido muchos años. Y pidióle que suplicase á nuestro Señor que no mirase á su insipiente y mala elección, sino que la volviese al cuerpo y la dejase padecer en él todas las enfermedades y dolores el tiempo que fuese servido, librándola de aquellas penas. Y así se hizo, y llevó con gran paciencia y alegría sus trabajos y fatigas, á trueque de no pasarlas en el purgatorio. Y conforme á esto, es muy gran misericordia del Señor afligirnos en esta vida, para que paguemos en ella nuestras culpas, y no en la otra, aunque sea con pena de purgatorio.

De otra manera, asimismo, purga la tribulación el ánima, que es preservándola y haciendo que no caiga en pecado, porque le sirve de una como medicina preservativa y la tiene que no caiga; para lo cual es de saber que aunque el hombre de suyo es frágil y caedizo, y resbala con cualquier ocasión de pena y de alegría; pero es cierto que son más en número y más fáciles y peligrosas las caídas en el tiempo de la prosperidad que de la adversidad, y que muchas veces caemos por la una y nos levantamos por la otra. Y por esto dice san Ireneo (2) que ántes del día del juicio vendrá el Antecristo, y enviará Dios muchos trabajos y penas, para que,

(1) IV P. Summa, tit. xiv, § 4.  
(2) Lib. v, Adversus haereses, vi, xxviii et xxix.

siendo afligidos los justos, y purgados de los pecados que tienen, y preservados de las culpas en que caerían, puedan volar derechos al cielo.

Este efecto hace la tribulación en dos maneras: la una debilitando y enflaqueciendo al enemigo, y la otra quitándole las armas con que nos hace guerra. Porque el enemigo principal que tenemos es el hombre viejo y la concupiscencia y mala inclinación arraigada en nuestras entrañas, con que nacemos, la cual se reprime y enfrena y pierde sus bríos con la tribulación. Y las armas con que nos hace la guerra y combate son aquellas de que dice el apóstol y evangelista san Juan (3): «Todo lo que hay en el mundo, ó es concupiscencia y deseo de carne, ó concupiscencia de ojos, ó soberbia de la vida.» Quiere decir que todos los males de culpa que hay en el mundo manan de tres fuentes, que son: el deleite de la carne, y la codicia de hacienda, y la ambición y deseo de honra y de propia estimación; porque todos los pecados que cometen los hombres, los cometen por alcanzar una destas tres cosas, ó por huir de sus contrarias. Pues para esto nuestro soberano y sapientísimo Médico nos envía enfermedades y dolores, para que nuestra carne se debilite y domestique, y sujete á la razón y tome mejor el freno, y le quite los gustos y deleites, que son la materia del pecado y las armas con que nos hace guerra, y de la misma manera, y por la misma causa, nos quita la hacienda y la honra, para purgar y limpiar con la tribulación el alma, lo cual se hace en el modo que hemos declarado. Pero vamos adelante y veamos cómo alumbra la tribulación.

#### CAPÍTULO VIII.

Cómo alumbra la tribulación.

No solamente purga y alimpia el alma la tribulación, sino tambien la esclarece y alumbra; y así dijo el Espíritu Santo en el *Eclesiástico* (4): «El que no es tentado y afligido, ¿qué sabe?» Dando á entender que la escuela de la sabiduría, donde el hombre es enseñado y alumbrado, es la tribulación. Lo mismo nos enseña lo que dijimos en el capítulo pasado de Isaias (5): que la aflicción hace que se entienda lo que muchas veces se había oído y nunca se había entendido. Y el mismo profeta Isaias dice en otro lugar, hablando con Dios: «Señor, en su angustia os han buscado, y en la tribulación, cuando se quejan y murmuran, los enseñáis.» Y Oseas, en persona de Dios, dice (6): «Por esto yo la atraeré con blandura, y la llevaré á la soledad, y le hablaré al corazón.» La soledad es la tribulación, porque los que son muy acompañados en la prosperidad y tienen muchos que se les venden por deudos y amigos, luego los desamparan en trocándose el viento y viniendo la adversidad, y quedan solos, como lo vemos cada día por experiencia. Mas en esta soledad habla Dios al corazón y le alumbra y ense-

(3) II, Joan., ii.  
(4) *Eccles.*, xxxiv.  
(5) Isai., xxi.  
(6) Osea., ii.

ña. Pero veamos cómo le alumbrá, y qué cosas son las que le hace ver.

Para declarar esto mejor, tomemos al santo Tobías, y considerémosle cuando estaba ciego y no podía ver. Cierta es que en este tiempo no veía ni las cosas que tenía debajo de sí, ni sobre sí, ni cabe sí, y finalmente, que áun á sí mismo no veía. Alumbróle Dios por medio del ángel san Rafael (1), y con la luz del cielo que recibió, vió todas estas cosas que ántes no veía. Y ¿cómo fué alumbrado? Con la hiel de un pece, para que entendamos que con la hiel y amargura de la tribulacion, que, á manera de pece, anda nadando por las aguas turbias deste siglo, son esclarecidos nuestros ojos y reciben luz soberana del Señor, para que veamos primeramente las cosas que están debajo de nos.

Éstas son todas las cosas criadas debajo del cielo, que no tienen uso de razon: la honra, la hacienda, la salud, la hermosura, la fortaleza, los cargos y dignidades, los deleites y regalos, y finalmente, todo lo que Dios cria acá abajo para uso y servicio del hombre. Con las cuales cosas pecamos y ofendemos á nuestro Señor de dos maneras. La primera pensando que tenemos estos bienes de nuestra cosecha, y no reconociéndolos ni agradeciéndolos á Dios. Y aunque cuando consideramos las cosas, no caemos con el pensamiento en este engaño, porque es muy claro; pero con las obras muchas veces caemos en él, abrazándonos con el don, y no haciendo caso del que nos le dió, y creyendo que la nobleza que tenemos no la debemos á Dios, sino á nuestros progenitores, y que el oficio y hacienda que alcanzamos fué por nuestra habilidad é industria. Y por esto nuestro Señor nos quita estos dones que Él nos habia dado, para que cuando nos falten volvamos á él y se los pidamos, conociéndole por Señor y dador dellos. La otra manera con que pecamos en estas cosas bajas, es estimándolas y haciendo más caso dellas de lo que ellas merecen, amándolas excesivamente, deseándolas y procurándolas con grande ánsia y afecto, desentrañándolas como las arañas, y tejiendo redes para cazar moscas y cosas que se lleva el viento. Por esto Dios nuestro Señor, cuando nos ve hinchados con estos bienes, y que nos parece que son durables, y dichosos los que los poseen, y que el cargo es perpetuo, y que la hacienda no se puede menoscabar, ni la honra ni la gracia del Príncipe, ni la amistad de los poderosos, ni debilitarse la salud, ni marchitarse la belleza, ni enflaquecerse la gallardía y vigor de la juventud; y finalmente, que nunca se ha de secar ni acabar esta florecita de nuestra miserable vida; entónces á deshora nos quita estos bienes, para que entendamos que no lo son verdaderos, pues no pueden hacer bueno al que los posee, ni darle verdadero contento y felicidad (2).

Y muchas veces nos los quita al tiempo que estamos más descuidados y abrazados con ellos, y

(1) Tob., xi.

(2) Aug., in psalm. vii.

que nos parece tenemos en ellos entera seguridad. Como aconteció á aquel rico del Evangelio, que decia, hablando consigo (3): «Alma mia, tú tienes muchos bienes guardados para muchos años; descansa ahora, come y bebe y date á regocijos y banquetes, porque seguramente lo puedes hacer.» Pero á este tal, en el mismo tiempo que estaba con esta paz y seguridad, causada de las trojes y bodegas llenas que poseía, le dijo Dios: «Necio, esta noche dejarás la vida, y con ella la hacienda que tienes allegada, y no sabes de quién será, y por ventura vendrá á manos de quien la desperdicie y derrame, y lo que tú con tanto cuidado, escaseza y miseria has allegado, lo disipe y pierda en un tumbo de un dado.»

Esta manera nos alumbrá la tribulacion, para que veamos estas cosas inferiores, y no ménos para que conozcamos las penas del infierno, que también están debajo de nosotros. Porque si acá en esta vida sentimos tanto un dolor de ijada ó de piedra, ó otro cualquiera riguroso y vehemente, que sabemos que ha de ser breve, porque, ó se ha de acabar ó nos ha de acabar, y nos parece que no lo podemos sufrir, y que la misma muerte es más tolerable, y estamos en una perpétua congoja y agonía mientras que dura, con tener para aplacarle muchos alivios y remedios de médicos y medicinas, y de personas que nos consuelan y animan, ¿qué sentimiento debemos tener de aquellas penas que están aparejadas á los pecadores, sabiendo que son tan terribles y espantosas, que todas las desta vida se pueden tener por regalo en su comparacion, y que no se han de acabar jamas, sino que han de correr á las parejas con Dios? Por eso dijo Isaías (4): «¿Quién de vosotros podrá morar en el fuego tragador? ¿Quién podrá habitar con las llamas que no tienen fin?» San Gregorio dijo: «Si Dios castiga tan ásperamente en el lugar de perdon, ¿cómo castigará adonde no hay esperanza de perdon ni de misericordia?» Si á un hombre le atasen en una cama blanda y regalada, y le dijese que habia de estar en ella todos los dias de su vida, ¿cómo lo sentiría? ¿Qué pena tendría? ¿Cómo le parecería que aquella no era cama blanda, sino dura cárcel é insufrible tormento? Pues ¿qué será estar por todos los siglos de los siglos en aquella cama horrible de fuego infernal, que nunca se acaba, ni tiene necesidad de leña para sustentarse, sino que él mismo se aviva y sustenta, porque quema y atormenta como verdugo vengador de Dios? Si una mota que nos cae en los ojos tanto nos aflige, si una brizna que se atraviesa entre los dientes no nos deja reposar hasta echarla fuera, ¿cómo vivimos tan descuidados y tan olvidados de lo que ha de ser y de tales penas advenideras, pues tanto nos fatigan, por más ligeras que sean las presentes? Esto nos enseña la tribulacion, y nos alumbrá, para que por lo que ahora padecemos estimemos con ponderacion lo que

(3) Luc., xvii.

(4) Isai., xxxiii.

padecerémos en el infierno si perseveramos en el pecado.

También nos alumbrá la tribulacion para que veamos y estimemos las cosas que están encima de nosotros, que son aquellos bienes incomprendibles de la gloria y bienaventuranza que esperamos. Porque la misma tribulacion nos despierta, y el mal recaudo que hallamos en la venta nos hace desear nuestra patria, sospirar por ella, y conocer que somos peregrinos y desterrados en este valle de lágrimas, y que no puede esta tierra producir sino espinas y abrojos y penalidades, que nos lastimen y aflijan. Y de aquí sacamos cuán gloriosa y bienaventurada es aquella morada celestial, de donde el dolor y la fatiga, la enfermedad y la muerte, y todo lo que es pena y miseria está desterrado perpetuamente, y no hay sino todo lo contrario de lo que en esta miserable vida nos congoja y acaba (1). Y así, á las riberas de Babilonia sentados y llorosos nos acordamos de la celestial Sion. Porque, como dice el bienaventurado san Gregorio: «A los que están en tierra de enemigos es cosa dulce acordarse de su patria.»

Estas dos consideraciones que podemos sacar de la tribulacion para estimar las penas del infierno y los bienes del paraíso, las pone san Juan Crisóstomo por estas palabras (2): «Todas las cosas desta vida son como una sombra ó sueño, y por eso debemos mirar y esperar las de la otra, porque, comparados con ella, todos los males presentes nos parecerán como si no fuesen, así por su naturaleza como por el tiempo y duracion. ¿Qué tiene que ver todo lo que aquí padecemos con aquel fuego que nunca se acaba, con aquel gusano que nunca muere, con aquel crujir de dientes, con aquellas tinieblas exteriores y prisiones horribles, con aquella perpétua y sempiterna angustia, congoja y afán? Demas desto, ¿qué proporeion puede haber del tiempo breve á la eternidad, con la cual cotejados diez mil años, no son más que una gota de agua respecto de la inmensidad del mar? Pues si ponemos los ojos en aquellos bienes que ni ojo humano puede ver ni oído oír, ¿no debriamos escoger y deseár morir mil veces y pasar por ruedas de navajas y por todos los tormentos deste mundo por alcanzar aquel tesoro de inestimables bienes que el Señor nos tiene prometido?» Hasta aquí es de san Juan Crisóstomo.

Alumbranos asimismo la tribulacion para que conozcamos á nuestro prójimo, que está cabe nosotros, que comunmente no le conocemos, especialmente cuando él es pobre y nosotros ricos; cuando él tiene necesidad, y nosotros abundancia; él algun trabajo y miseria, y nosotros descanso y prosperidad; y parécenos que no puede venir por nuestra casa lo que por la ajena; y como si fuésemos de otro barro ó de otro metal, pensamos que somos privilegiados y exentos de las calamidades que pasan por otros, y por esto no nos compadecemos de-

(1) Psalm. xxxvi.

(2) Hom. xxxiii, ad Heb.

ellos ni les damos la mano. Para que lo hagamos, nos envia Dios las tribulaciones, y para que de nuestra pena y aflicion saquemos la aflicion y pena de nuestros hermanos, y nos ablandemos y compadecemos, y los socorramos y proveamos en sus necesidades. Por esto dijo el Sabio (3): «Por lo que tú sientes en tí entenderás lo que siente tu prójimo»; que es lo que vulgarmente decimos: «De mi mal saco el ajeno.»

Pero aunque para todas estas cosas que hemos dicho nos dá luz la tribulacion, y ellas son de tanto provecho; pero no lo es ménos la que nos dá para que nos conozcamos y humillemos. Porque verdaderamente el hombre en la prosperidad es ciego, y no se conoce hasta que la tribulacion le hace abrir los ojos y conocer lo que es. Por eso dijo Jeremías (4): «Yo soy varon que conozco mi pobreza, cuando vos, Señor, levantaiis la vara de vuestra indignacion.» Y Daniel dice (5), hablando del rey Baltasar: «Pesáronle en la balanza y halláronle falto.» Porque en el tiempo del consuelo y de la prosperidad nos parece que somos de justo peso, y que por ningun trabajo, peligro ni pena no faltaremos, ni tentacion alguna, por grave que sea, será parte para derribarnos. Hacemos grandes propósitos y trazas; pero en pesándonos con la tribulacion, luego desmayamos y caemos, y conocemos que no somos tan valientes como pensábamos, y llorando nuestra flaqueza, nos humillamos y confundimos, y acudimos por favor á Dios; y desta manera nos alumbrá la tribulacion para que nos conozcamos.

Asimismo porque cuando estamos en algun grande aprieto, tenemos grandes deseos y propósitos de hacer y de acontecer, de emendar la vida y huir de las ocasiones, tener oracion y confesar á menudo; pero en pasando aquel aprieto y hallándonos con más anchuras, luego nos olvidamos de todos aquellos buenos propósitos, y volvemos á nuestros vicios y demasias; y así conocemos cuán mudables é inconstantes somos para lo bueno, y cuán fáciles é inclinados á lo malo. Y con esto, como dije, nos confundimos y humillamos, y acudimos al Señor para que nos sustente y esfuerce, como lo suele hacer por su misericordia, labrándonos con el martillo de la tribulacion, y ensanchando y dilatando nuestro corazon para que digamos (6): «Bueno ha sido para mí, Señor, que me hayais humillado, para que yo aprenda vuestra ley, que es la que sola justifica y es causadora de toda justicia y santidad.» Desta manera pues alumbrá la tribulacion; pero veamos cómo perficiona.

#### CAPÍTULO IX.

Cómo perficiona la tribulacion.

La perfeccion de cada cosa es el fin y cumplimiento della, y aquella cosa se dice perfeta, que

(3) Eccles., xxxi.

(4) Tren. iii.

(5) Dan., v.

(6) Psalm. cxviii.